

consideraba feliz en ver en el mundo una justicia igual para todos ¹.

El mismo espíritu de justicia era el que le impulsaba á velar con paternal cuidado y hasta en los mas remotos países por los derechos y títulos de los legítimos herederos de las coronas, y por la suerte de mas de un régio huérfano. Vémosle que supo mantener en su derecho y patrimonio á los príncipes de Noruega, de Polonia y Armenia (1199), á los infantes de Portugal, al jóven rey Ladislao de Hungría, y hasta á los hijos de los enemigos de la Iglesia, como Jaime de Aragon, cuyo padre muriera en las filas de los herejes, y que habiendo caido prisionero del ejército católico, fue puesto en libertad por orden de Inocencio; Federico II, único heredero de la raza imperial de Hohenstaufen, rival el mas temible para la Santa Sede, pero que puesto bajo la guarda de Inocencio durante su minoría, es educado, instruido y amparado

¹ Tambien salió triunfante en la defensa de la reina María de Aragon cuando llegó á servir de carga á un marido libertino, y de la reina Adelaida de Bohemia que su esposo queria repudiar para contraer otra union mas ventajosa y condenada ya por un concilio.

por él, y mantenido en su patrimonio con el afecto y celo, no ya de un tutor, sino de un padre. Y lo mas admirable de todo, á mi parecer, es verle ofrecer un asilo al viejo Raimundo de Tolosa, aquel empedernido y terco enemigo del Catholicismo, y á su jóven hijo; defender él mismo la causa de ambos contra los prelados y cruzados victoriosos; y despues de agotar inútilmente su elocuencia para convencer á éstos, y prodigar los consejos mas tiernos al jóven príncipe, señalarle, á despecho de la murmuracion y el descontento, el Condado y la Provenza á fin de que no se quede sin patrimonio el inocente hijo del culpable despojado ¹. ¿Podrá ya causar admiracion que en una época en que la fe se miraba como la base de todos los tronos, y cuando la justicia personificada de tal manera se sentaba en la cátedra de Pedro, trataran los reyes de unirse á ella con los vínculos mas

¹ Los datos de los historiadores contemporáneos sobre este pasaje de la vida de Inocencio se ven confirmados de la manera mas notable en la *Historia de la cruzada contra los Albigenses*, en verso provenzal, publicada por Mr. Fauriel en la Coleccion de documentos inéditos sobre la historia de Francia, vers. 3160 á 3733.

fuertes? ¿Parecerá extraño que el valiente Pedro de Aragon no encuentre para la naciente independencia de su corona mejor garantía que atravesar los mares para depositarla á los piés de Inocencio y recibirla de su mano como vasallo? que Juan de Inglaterra, perseguido por la justa indignacion de su pueblo, se proclame tambien vasallo de aquella Iglesia á quien él tan cruelmente habia vejado, seguro de hallar en ella el asilo y el perdon que los hombres le negaban? que además de los dos reinos mencionados, los de Navarra, Portugal, Escocia, Hungría y Dinamarca se honrasen de pertenecer en algun modo á la Santa Sede por medio de un vínculo de proteccion enteramente especial? Nadie ignoraba que para Inocencio los derechos de los reyes respecto de la Iglesia eran tan sagrados como los de ésta respecto de aquellos. El culto que tributaba á la equidad iba unido á una elevada y previsora política, imitando en esto á sus ilustres predecesores. Por eso, oponiéndose á la incorporacion del imperio por herencia en la casa de Suabia, sosteniendo la libertad de las elecciones en Alemania, es como salvó á este noble país de la centralizacion monár-

quica que, alterando su naturaleza, hubiera ahogado todos los gérmenes de la prodigiosa fecundidad intelectual de que justamente blasona. Por eso, restaurando y defendiendo con infatigable constancia la autoridad temporal de la Santa Sede, aseguró la independencia de Italia no menos que la de la Iglesia. Con su ejemplo y sus preceptos forma toda una generacion de pontífices igualmente adictos á esta independencia y dignos auxiliares suyos, como lo fueron Estéban Langton en Inglaterra, Enrique de Gnesen en Polonia, Rodrigo de Toledo en España, Foulquet de Tolosa en medio de los herejes; ó dignos de morir mártires de esta causa santa como san Pedro Parenticio y Pedro de Castelnau¹. Su gloriosa vida se termina con aquel célebre concilio de Letran (1215), que convocó y presidió, en el cual fueron estrechados todos los lazos de la Iglesia; donde los *juicios de Dios*, degenerados y convertidos en un abuso de la fuerza, quedaron definitivamente abolidos; donde fue prescrita la comunión pascual; establecido aquel proce-

¹ Muertos ambos á manos de los herejes; el primero en Orvieto en 1199, el segundo en Languedoc en 1209.

dimiento criminal ¹ que sirvió luego de norma al de todos los tribunales seculares, y finalmente presentados, por decirlo así, al orbe cristiano los dos grandes institutos ú órdenes religiosas de santo Domingo y san Francisco que debían infundirle una nueva vida y que Inocencio III tuvo la gloria de ver nacer ambos á dos bajo su pontificado ².

Los sucesores de este gran Papa, léjos de degenerar, ofrecen por espacio de cerca de medio siglo el sublime espectáculo de una lucha sostenida sin otras armas que la fuerza de la fe y de la justicia contra todos los recursos del genio y el poder humano concentrados en el emperador Federico II, y empleados en sacar triunfante el imperio

¹ En el cánón 8.º de este concilio.

² Los trabajos de los historiadores protestantes de Alemania, Juan de Muller, Wiiken y Raumer, han rendido por fin homenaje al genio y virtudes de este gran Pontífice tan indignamente desconocido por tantos historiadores franceses. Y mas tarde un escritor de la misma nacion, Mr. Hurter, en su *Historia de Inocencio III y de sus contemporáneos*, ha levantado á su gloria y la de la Iglesia un monumento que merece el reconocimiento de todos los amigos de la verdad. (Fue traducida por Mr. Saint-Cheron; París, 1838. *Nota del Traductor.*)

de la fuerza. Honorio III es el primero á quien le toca entablar la lucha con este ingrato pupilo de la Santa Sede. Por su dulzura y paciencia aparece como colocado entre dos combatientes imperiosos é inflexibles, Inocencio III y Gregorio IX, como para manifestar hasta dónde podia llegar la mansedumbre apostólica. Esta propia mansedumbre es la que predicaba á los reyes; para atender á los gastos de la cruzada se desprendía de todos los recursos de su tesoro. Tuvo la dicha de confirmar solemnemente las tres Órdenes santas que habian de encender en algun modo una nueva hoguera de caridad y de fe en el corazon de los pueblos cristianos, á saber, los Dominicos (1226), los Franciscanos (1223), y los Carmelitas (1226). Á pesar de su dulzura se vió precisado á echar mano una vez de los rayos de la Iglesia contra el Emperador, dejando á Gregorio IX, sucesor suyo, el cuidado de proseguir el combate principiado. Gregorio, que se ciñó la tiara á los ochenta años de edad, cual si al tomar á su cargo el depósito del poder delegado por el Eterno hubiera echado de sí el peso de los años, ostentó durante los quince de su pontificado una indomable energía. Él fue el

protector y amigo de la santa Isabel que ha sido para mí ocasion de estudiar detenidamente este siglo; él quien la puso en relaciones con san Francisco de Asis, cuyas heroicas virtudes supo ella imitar, segun veremos; él quien la protegió cuando se vió viuda y todos la abandonaron; él quien proclamó sus derechos á la perpétua veneracion de los fieles y la inscribió en el catálogo de los Santos cuando plugo al Señor llevarla consigo. Su proteccion se extendia á los débiles y oprimidos de toda jerarquía; y mientras ofrecia su amparo á la régia viuda de Turingia, atendia con paternal solicitud á los pobres siervos de los mas distantes países de la cristiandad, como se ve en la carta que dirigió á los señores polacos echándoles en cara, como una detestable fechoría, el gastar la vida de sus vasallos, rescatados y ennoblecidos con la sangre de Jesucristo, en cuidar de los halcones ó aves de rapiña. Celoso amigo de la verdadera ciencia, funda la universidad de Tolosa, hace restablecer la de París no sin haber sábiamente protestado contra la intrusion de la filosofia profana en la teología. Por medio de la coleccion de decretales tiene la gloria de dar á la Iglesia su có-

digo, que era entonces tambien el de la sociedad entera. Digno sobrino de Inocencio III supo hermanar siempre la justicia con la firmeza: reconciliado con Federico, despues de haberle levantado la excomunion, le sostiene con noble imparcialidad contra la rebelion de su hijo Enrique (1235), y aun contra las exigencias exageradas de las ciudades lombardas con todo de ser éstas las mejores aliadas de la Iglesia (1237). Cuando mas adelante este Emperador falta á sus mas solemnes promesas, cuando es forzoso excomulgarle por segunda vez, ¡cuán hermoso es ver á este anciano casi centenario empeñarse resuelto en una lucha desesperada, pero sin olvidarse de recomendar encarecidamente al ejército de Juan de Brienne que marcha contra el pérfido Emperador la clemencia, la dulzura y todo miramiento con los prisioneros! Despues, vencido y abandonado de todos, situado en Roma por Federico aliado con los mismos romanos contra el Pontífice, en tan terrible momento y en el seno de la debilidad humana vuelve á encontrar esa fuerza que solo pertenece á las cosas divinas: hace sacar del santuario las reliquias de los santos Apóstoles, las lleva en procesion por

las calles de la ciudad, y pregunta á los romanos si son capaces de ver perecer este sagrado depósito que sin ellos ya no puede él defender ni conservar. Conmovero el corazon con estas palabras, juran aquellos hombres morir por el Pontífice; el Emperador es rechazado, y la Iglesia libertada.

El sucesor de este papa, Inocencio IV, amigo y partidario de Federico hasta su elevacion al pontificado, no bien es elegido, cuando sacrifica á la augusta mision que le confian sus anteriores compromisos y relaciones, entrando al punto en aquella maravillosa unidad de miras que por espacio de dos siglos animara á sus predecesores. Perseguido, amenazado, encerrado y cogido entre las garras imperiales, que desde el Norte al Mediodía, desde la Alemania á Sicilia, hacen de Roma una prision para él, necesita fugarse á todo trance. Pero ¿dónde hallará un asilo? Todos los reyes, incluso san Luis de Francia, se lo niegan; pero felizmente Lyon es una ciudad libre y pertenece á un obispo independiente: Inocencio reúne en ella en concilio general á todos los obispos que pueden sustraerse del tirano, y á sus hermanos los cardenales; da á éstos el capelo, cuyo color de sangre

les ha de recordar á cada momento que deben estar dispuestos á verter la suya por la Iglesia; y luego, desde el seno de este tribunal supremo, invocado y reconocido por Federico mismo y ante el cual envia á sus abogados para que defiendan solemnemente su causa, el Pontífice fugitivo fulmina contra el Soberano mas poderoso del mundo la sentencia de deposicion y destronamiento por opresor de la libertad religiosa, despojador de la Iglesia, hereje y tirano¹. ¡Memorable é imperecedero testimonio del derecho contra la fuerza, de la fe sobre el interés material! tercer acto del sagrado dra-

¹ Del sepulcro de este Papa en la iglesia de San Genaro en Nápoles, he copiado la inscripcion siguiente, que creo es poco conocida:

Hic superis dignus requiescit Papa benignus,
Ortus de Flisco, sepultus tempore prisco,
Vir sacer et reclus, sancto velamine teclus:
Ut iam collapse mundo temeraria passo
Sancta ministrari urbs possent quoque rectificari,
Concilium fecit veteraque iura refecit.
Haeresis illisa tunc extitit atque recisa.
Moenia direxit; rite sibi credita rexit:
Stravit inimicum Christi colubrum Fredericum.
Ianua de nato gaudet sic glorificato:
Laudibus immensis urbs tu quoque Parthenopensis
Pulchra decore satis dedit hic sibi plurima gratis.
Hoc titulavit ita Umbertus Metropolitana.

Sabido es que era jenovés y de la casa de Fiesco.

ma en que san Gregorio VII y Alejandro III habian ya aplastado bajo sus piés al elemento rebelde en medio de los aplausos de los Santos y de los hombres! Bien sabido es que la Providencia tomó á su cargo el confirmar este fallo; nadie ignora la caída y los años últimos de Federico, así como la muerte prematura de su hijo y la ruina total de aquella raza temible. Por una admirable señal de la confianza absoluta que la Santa Sede inspiraba por su rectitud, así como en otro tiempo el mismo Federico todavía en la cuna y huérfano habia sido puesto bajo la proteccion de Inocencio III, los parientes y aliados de su nieto Conradino, último é infortunado vástago de la casa de Suabia, no quisieron confiar su tutela á ningun otro mas que al mismo Pontífice que destronara al abuelo, y que cumplió lealmente con el cargo hasta que le fue demasiado pronto arrancado por el pérfido Mainfroy.

Prosigue la lucha contra éste y todos los demás enemigos de la Iglesia con la misma intrepidez bajo Alejandro IV, (1254), digno vástago de aquella familia Conti que ya diera al mundo á Inocencio III y Gregorio IX; continúa sin aliojar un punto ba-

jo Urbano IV (1261), hijo de un zapatero, y que léjos de avergonzarse de su humilde origen, manda pintar en las vidrieras de colores de Troyes á su padre en actitud de ejercer el humilde oficio; pontífice á quien cupo la gloria de encontrar un nuevo alimento á la piedad cristiana en la institucion de la fiesta del Corpus (1264); pastor sereno y firme en medio de los peligros mas grandes, que muere sin tener dónde reclinar su cabeza, pero que deja á la Iglesia la proteccion del hermano de san Luis, y un trono francés á las Sicilias. Concluye esta conquista bajo Clemente IV que reclama inútilmente la vida de Conradino, víctima inocente y expiatoria de su culpable familia. Y así es como fenece por algun tiempo esta noble guerra de la Iglesia contra la opresion de los legos, para comenzar de nuevo, no con menos gloria, bajo Bonifacio VIII.

Es preciso no olvidar que mientras estos Papas se hallaban de tal manera ocupados en luchas tan colosales, léjos de ser absorbidos enteramente por los cuidados que debian ocasionarles, todavía dedicaban á la organizacion interior de la Iglesia una solicitud y afan propios solamente de épocas de

paz profunda. Uno en pos de otro continuaban con incontrastable perseverancia la obra gigantesca que corria á su cargo desde la caída del Imperio romano; obra que consistia en fundir y amasar los diversos elementos de las razas germánicas y septentrionales que habian conquistado y reanimado la Europa, depurándolos para santificar y civilizar lo que en ellos habia de bueno, saludable y puro, despues de descartar todo cuanto hallaban verdaderamente bárbaro. Al mismo tiempo y con igual constancia propagaban la ciencia y los estudios, poniendo ambas cosas al alcance de todos; consagraban la igualdad natural de la raza humana encumbrando á las mas altas dignidades á cuantos individuos descollaban por la virtud y la ciencia, aun cuando pertenecieran á las clases mas bajas de la sociedad; elaboraban y promulgaban el magnífico conjunto de la legislación eclesiástica, y afianzaban la jurisdicción clerical, cuyos beneficios eran tanto mas y mejor sentidos, cuanto que era entonces la única que no conocia el tormento ni pena alguna cruel, ni acepción de personas entre los Cristianos.

Cierto que en el seno de una Iglesia que

tales hombres tenia á su cabeza no faltaban miserias humanas á vueltas de tanta santidad y grandeza; pero prescindiendo de que así será siempre mientras sean muchos de hombres las que tengan el depósito de las cosas divinas, se puede en mi juicio poner en duda si el número de estas manchas fue menor en ninguna otra época, y si jamás fueron los derechos de Dios y del hombre defendidos con valor mas noble y por campeones mas ilustres.

En presencia de esta majestuosa Iglesia alzabase la *segunda majestad*, á la cual doblaban la rodilla los hombres de esta época; hablo del santo Imperio romano del cual parecian proceder todas las majestades secundarias. Por desgracia desde que en el siglo XI acabó la casa de Sajonia, este santo Imperio vino á ser patrimonio de las de Suabia y Franconia; y en ambas se habia extinguido por grados el grande y piadoso espíritu de Carlomagno, reinando en su lugar otro espíritu de novedad, levantisco y rebelde contra todo yugo espiritual, altanero y engreido con la fuerza de las armas y vínculos feudales, intentando de continuo confundir y mezclar los dos poderes y absorber la Iglesia en el Imperio. Tan funesta

tendencia, vencida por san Gregorio VII en la persona de Enrique IV, y por Alejandro III en la de Federico Barbaroja, tentó nuevo esfuerzo en la de Federico II; pero tambien se vió derrotada por la Santa Sede. Federico II domina y abraza con su reinado este medio siglo casi por completo ¹. Me parece cosa imposible, aun para los lectores mas preocupados y prevenidos, el que no llame la atencion la inmensa diferencia que se advierte entre los principios de su reinado, mientras guardó fidelidad á aquella Iglesia romana que habia velado por él en su minoría ², y sus veinte últimos años durante los cuales se marchitaron una por una todas las diferentes glorias que adornan su juventud. Nada mas brillante, poético y grandioso que aquella corte imperial presidida por un príncipe que en medio de su juventud ostenta todas las cualidades eminentes del espíritu y del cuerpo; entusiasta por las artes, la poesía y la instruccion; poseedor de seis lenguas y de conocimien-

¹ Rey de Sicilia en 1198, emperador en 1215, muerto en 1250.

² Tuvieron parte en esta tutela Inocencio III, Honorio III y Gregorio IX, el primero como papa, los otros dos como cardenales.

tos en una multitud de ciencias; otorgando, mientras el Papa le corona (1220) en Roma, al reino de Sicilia códigos sábios y notables por su unidad; publicando mas adelante en Mayenza, despues de su primera reconciliacion con la Santa Sede, las primeras leyes de Alemania en su lengua nacional; reuniendo en torno suyo la flor de la caballería de sus vastos dominios; dando el ejemplo del valor y del talento poético en sus bellos palacios de Sicilia, donde se hallaban en contacto y reunidos por él los diversos elementos de la civilizacion germánica, italiana y oriental. Pero justamente la mezcla y confusion de estas cosas fue lo que al fin hubo de perder á este Príncipe que, como dice un cronista, no tuviera rival en el mundo *si hubiera amado su propia alma*; mas una fatal inclinacion le arrastraba á dejarse dominar por las costumbres orientales. Aquel á quien por un momento se pensó en darle por esposa á santa Isabel, ya viuda, y solicitó con empeño la mano de santa Inés de Bohemia ¹, se encerró en un afrentoso ser-

¹ Esta Princesa rehusó la propuesta por tomar el hábito de franciscana: cuando el Emperador lo supo, dijo: «Si me dejara por otro hombre, yo me

rallo custodiado por guardia sarracena. En pos de este sensualismo moral no tardó en proclamar una especie de materialismo político, prematuro por lo menos para aquel siglo: trastornó además todas las ideas de la cristiandad yendo al Santo Sepulcro en calidad de aliado de los príncipes musulmanes, y no como conquistador de la Tierra Santa. Al volver á Europa, poco satisfecho con la magnífica posición de emperador cristiano, el primero entre los poderosos y los fuertes y no el amo de un rebaño de esclavos, el abogado de la Iglesia y no su opresor, deposita en la sociedad los gérmenes de las funestas doctrinas que mas tarde dieron por desgracia demasiado fruto. Desvanecido con su poderío, como sucedió también mas adelante á Luis XIV y á Napoleón, la intervención de toda fuerza espiritual le repugna; y por medio de su canciller Pedro de las Viñas hace declarar que el derecho de disponer de todas las cosas divinas y humanas pertenece al Emperador. Era el siglo muy cristiano todavía para soportar una invasión de tal naturaleza sobre la fuerza vital del Cristianismo: pavengaría; pero pues me pospone á Dios, nada tengo que replicar.»

ra reinar entonces sobre las convicciones y la imaginación era necesario, aun en el poder laical, otro espíritu diferente; y éste se halló en san Luis. Por eso vemos á este Federico que, según el dicho del santo Rey, habia *guerreado á Dios por sus dones*, herido por el anatema de la Iglesia hacer cada día nuevos progresos en la crueldad, la perfidia, la duplicidad y el dolo¹; abrumar los pueblos con impuestos y vejaciones; hacer dudar de su fe por los excesos de su libertinaje, y morir en fin en la extremidad de Italia ahogado á manos de su propio hijo en medio de los sarracenos, cuya adhesión no servia sino para hacerle mas sospechoso á los ojos de los Cristianos. Bajo su reinado, como bajo el de sus predecesores, la Alemania, donde en verdad se le vió muy poco, se hallaba en un estado floreciente, pues veia engrandecerse en Baviera el poder de los Wittelsbach; admiraba en Austria el brillo de sus príncipes Federico el Victorioso, Leopoldo el Glorioso, de quien se decia ser *valiente como un león*.

¹ Por ejemplo; el suplicio del dux Tiepolo, del Obispo de Arezzo; la prisión de los cardenales que iban al concilio convocado á instancias y petición suya.

y púdico como una niña; celebraba las virtudes de la casa de Turingia en el suegro y marido de santa Isabel; veía en el arzobispo Engelberto de Colonia ¹ un mártir de la justicia y de la seguridad pública, á quien la Iglesia se apresuró á colocar en el número de los Santos. Sus ciudades, como las de los Países Bajos, se desarrollaban con una poderosa y fecunda individualidad: Colonia y Lubeck se hallaban en el colmo de su influencia, y la célebre Hanse principiaba entonces á formarse. Desplegábase grandiosamente su legislación en los dos *Espesjos* de Sajonia y de Suabia y en una multitud de códigos locales, todos basados en el respeto de los derechos establecidos y de las antiguas libertades, y respirando una mezcla tan noble del pensamiento cristiano con los elementos del antiguo derecho germánico, todavía no alterado con la importación gibelina del derecho romano. En fin, contaba ya entre sus caballeros de pro un verdadero monarca cristiano; pues á la sombra del trono de los Hohenstaufen crecía en silencio aquel Rodolfo de Habsbourg ², digno de

¹ Muerto en 1225 por el conde de Altena.

² Fue presentado al bautismo por Federico II en mayo de 1218.

ser fundador de una raza imperial, como que libertó á su país de la anarquía, y se presentó al mundo como un verdadero representante de Carlomagno. Bien pudiera augurarse del reinado de un príncipe que no teniendo á la mano cetro en el acto de su consagración, tomó del altar un Crucifijo, diciendo: «¡Ved aquí mi cetro! no quiero tener otro que éste.»

Si el Imperio aparecía arrancado de sus vías naturales, la Francia en cambio le reemplazaba en cierto modo y le robaba aquel carácter de santidad y grandeza que tanto lustre habia de comunicar al trono cristianísimo. Mas, también esta nación llevaba en su seno una llaga que debía á toda costa cicatrizarse, so pena de comprometer para siempre su unidad y sus grandes destinos; á saber, aquel foco de herejías á la vez antisociales y antireligiosas que manchaban con sus excesos las regiones del Mediodía, y que se hallaban arraigadas en las masas corrompidas designadas con el nombre de Albigenses. Hoy sabemos ya á qué atenernos en cuanto á las costumbres y doctrinas de estos hombres dignamente representados por príncipes cuyos desórdenes estremecen, y que á ex-

piensas de la verdad y la Religión han sido ensalzados y encomiados por historiadores prevaricadores. Está ya bien averiguado que fueron por lo menos tan perseguidores como perseguidos ¹; y que de todas maneras pesaba sobre ellos el crimen de agresores contra la ley común de la sociedad en esta época. Si la cruzada no se hubiera predicado con éxito contra este impuro foco de doctrinas paganas y orientales, no ya la Francia sola sino también la España y la Italia se hubieran perdido desde entonces para la fe y la civilización verdadera. Cierzo es que para domar esta rebelión contra el Cristianismo se echó mano con harta frecuencia de medios lamentables, repugnantes á la caridad cristiana, que la posteridad debe reprobar y que la Santa Sede reprobó siempre, aun en lo más fuerte de la pelea. Pero hoy está ya plenamente averiguado que estas crueldades eran cuando menos recíprocas; y hasta ahora, que yo sepa, no se ha inventado un método para hacer la guerra, y guerra religiosa especialmente, con amenidad é indulgencia. Si-

¹ Véase Michelet, *Historia de Francia*, y sobre todo la *Vida de santo Domingo* por el P. Lacordaire.

mon de Montfort, el campeón del Catolicismo en esta lucha terrible, ha empañado con su ambición desmesurada y con rigores, que de buena fe no cabe excusar, una parte de su gloria; pero así y todo aun le queda mucha para que no se avergüencen los Católicos de proclamarla en voz alta. Pocos caracteres ofrece seguramente la historia grandes como el suyo por la voluntad, la perseverancia, el valor y desprecio de la muerte; y cuando se fija la consideración en el fervor y humildad de su piedad, en la inviolable pureza de sus costumbres, en aquel respeto á la autoridad eclesiástica tan decidido y ciego que le hace retirarse solo del campo de los cruzados delante de Zara únicamente porque el Papa le habia prohibido batirse contra cristianos, se concibe bien todo el exceso de su indignación contra los que turbaban la paz de las conciencias y derribaban todas las barreras de la moral. Su carácter y su época se pintan de un golpe en el famoso dicho que pronunció al lanzarse á una lucha desigual: «Toda la Iglesia ora por mí; es imposible que yo sucumba.» Y también cuando, perseguido por el enemigo, atraviesa con la caballería un río que los peones no pueden

salvar, lo repasa acompañado de solos cinco hombres, exclamando: «¡He de poner-me yo en salvó mientras los pobres de «Cristo quedan expuestos á la muerte! No; «me vuelvo con ellos: ¡hágase en mí la «voluntad del Señor!»

La batalla decisiva de Muret (1212), que aseguró el triunfo de la fe, pinta también, por el contraste de sus dos protagonistas, la naturaleza de esta lucha: Monfort, el uno de ellos, á la cabeza de un puñado de combatientes buscando en la oración y los Sacramentos los derechos de demandar una victoria que solo por milagro podía obtenerse; el otro, Pedro de Aragon, viniendo á buscar, debilitado por el libertinaje, la derrota y la muerte en medio de su numeroso ejército.

Mientras terminaba esta lucha y se preparaba por medio de ella la agregación de estas provincias reconquistadas á la corona de Francia, un rey digno del sobrenombre que llevaba, Felipe Augusto, esmaltaba esta corona con los primeros rayos de gloria é influencia moral fundadas en la Religión, que por tanto tiempo debia conservar. Cuando en sus embelesamientos y meditaciones de la juventud le pregunta-

ban, en qué estaba pensando: «Pienso, responde, en los medios de restituir á la «Francia el brillo y la fuerza que tenia en «tiempo de Carlomagno:» idea que no le abandonó un punto durante su dilatado y glorioso reinado. La reunion de la Normandía y de las provincias quitadas al asesino Juan-sin-Tierra echa los verdaderos cimientos del poder de los monarcas franceses. Despues de concluir su noviciado de defensor de la causa de Cristo por medio de las Cruzadas, durante toda su vida se manifiesta el amigo y el apoyo mas firme de la Iglesia ¹; y bien lo dió á entender cuando se impuso el penoso sacrificio de triunfar de la arraigada repugnancia que sentia hácia la esposa que le imponia Roma. Reconciliado con ésta, y de resultas con su pueblo, no tarda el cielo en darle la recompensa con la gran victoria de Bouvines (1215); victoria tan religiosa como nacional, pues que en ella quedaron tan humillados como los de la Francia los enemigos de la Iglesia: verdad confirmada por todo cuanto los historiadores nos han transmitido relativo á los impíos proyectos de los confederados que eran todos excomulgados;

¹ Nunca se batió en domingo.